

Del horno ardiente al palacio

Marcelo Rezende ¹

Desde el inicio de su narración, el libro de Daniel presenta todas las historias desarrollándose sobre un telón de fondo espiritual que involucra la cuestión central del gran conflicto entre Dios y Satanás: la adoración. ¿Quién debe ser adorado? Daniel 3 nos presenta, en última instancia, una sesión de adoración babilónica. El tema de la adoración generalmente es abordado desde un análisis en torno a la estética del culto, de las secuencias litúrgicas o sobre los límites de una cultura y su influencia sobre el modo colectivo de expresar la alabanza. Además del tema de la liberación y de la fidelidad de Dios para con su pueblo, Daniel 3 nos ofrece otra visión al respecto de este tema.

La imagen de oro

El contexto histórico de Daniel 3 es la manifestación de la prepotencia del rey Nabucodonosor, años después de la interpretación del sueño hecha por Daniel. El rey construyó un monumento político-religioso que manifestó el antiguo espíritu de Babel, que podemos examinar en Génesis 11. Procuró reunir todas las clases de personas en rebelión contra Dios, y con el fin de exaltar el poder estatal de Babilonia, evidenciado en el oro de la estatua, que representaba su reino en el sueño del capítulo 2. Se proclamó un decreto según el cual debía ofrecerse adoración al imperio, simbolizado en la imagen (*tselem*, en arameo, la misma palabra usado en Génesis 1:27 para describir la creación del hombre) que había sido erigida (del verbo *kum*, establecer, levantar, el mismo verbo utilizado en Daniel 2:44 en referencia al reino establecido por Dios) en la llanura de Dura. La imagen era una falsificación del reino de Dios y un desafío a la soberanía divina en la conducción de la historia conforme a su voluntad, revelando también que la estatua poseía un significado espiritual.

No sabemos, de hecho, cuál era realmente el formato de la imagen, pero por las dimensiones descritas, debió tener aproximadamente unos treinta metros de altura por tres de ancho, y no se asemejaba a una figura humana. Probablemente podría haber tenido forma de obelisco coronada con una cabeza humana decorativa, o algo parecido. Nabucodonosor ocupó allí el lugar de Dios al levantar (*kum*) una imagen (*tselem*) para ser adorada en reconocimiento a su poder.

¹ Actualmente es pastor del distrito de São Carlos, en la Asociación Paulista del Oeste. Hace veinte años que es pastor y ha servido a la iglesia en distintas funciones ministeriales. Posee una maestría en Teología Bíblica orientada a la teología paulina por la Universidad Adventista de San Pablo.

El punto principal en la descripción de la imagen está en el hecho de que en ella vemos la unión del poder del Estado con el poder religioso, que impone su agenda de manera opresora a todas las clases sociales, amenazando con la pena de muerte a todos los que no se sometían a esa orden. La mayor evidencia de esta comprensión de la historia puede verse en el hecho de que la narración de la imagen de Nabucodonosor y el horno ardiente están en la base de la profecía de Apocalipsis 13 sobre la imagen de la bestia, su marca, y el número 666. El libro de Apocalipsis entiende a esta profecía como un símbolo descriptivo de una realidad futura, que se manifestará hacia el fin de la historia humana, cuando habrá una reedición de proporciones globales de la fusión del poder del Estado con la religión, con el propósito de controlar la sociedad, perseguir, y matar a aquellos que no fueran sumisos a su poder, y no adoren a “la imagen de la bestia”, cuya marca es el número 666 (Apocalipsis 13:14-18).

Es curioso notar que en Daniel 3:1 las medidas de la estatua son presentadas como 60 codos de altura y 6 de anchura. Nabucodonosor entendió el acto de adoración de la estatua no solo como un reconocimiento a su poder como monarca, sino como una manifestación de adoración a todos sus dioses (Daniel 3:12, 14). Es sabido que el número 6 era considerado sagrado en Babilonia, siendo el sistema sexagesimal la base matemática para dividir el tiempo y el espacio, como hasta en la actualidad hacemos al medir los segundos, los minutos, los ángulos y los arcos. Los dioses babilonios poseían valores numéricos atribuidos a cada uno de ellos, siendo el dios Anu (posteriormente Marduk), el más poderoso, representado por el número 60 y el dios menor por el número 6. La sumatoria del panteón de los dioses babilonios sería 600, “la totalidad de los dioses o espíritus del mundo inferior y superior, o Igigi y el Annunaki”. Algunos comentaristas afirman que los sacerdotes babilonios utilizaban una especie de pectoral o amuleto en el que la sumatoria de todas las líneas, verticales y horizontales, daba como resultado 666.

En Daniel 3 vemos una imagen que representaba la unión opresiva y perseguidora del poder político unido al poder religioso, cuyo número es 666, 60 codos de altura y 6 de anchura, representando todos los dioses babilonios (600). Sería adorada en reconocimiento al poder de un rey que había usurpado el lugar de Dios ante sus súbditos, del mismo modo como Apocalipsis 13:18 nos dice que 6 es “número de hombre”, en franco estado de rebeldía contra Dios.

La adoración babilónica

El desarrollo de la historia y la descripción del ritualismo formal del culto poseen un profundo significado respecto de la esencia de la adoración. Debido a la excesiva repetición de los instrumentos musicales y los detalles de la secuencia litúrgica a ser llevada a cabo por los adoradores, el texto describe “cómicamente” la religión babilónica como algo burocrático, mecánico, automatizado y sin vida, una adoración que tiene como objetivo cumplir una mera liturgia que es llevada a cabo para que las personas actúen de acuerdo con lo que había sido estipulado previamente. El resultado es una especie de “robotización” de los adoradores que no cuestiona, no piensan, no ejercen su individualidad, sino que manifiestan una gran carga de reacción emocional en el culto, pues el “movimiento” de la adoración se da como reacción al sonido de la música y del impacto poderoso de toda la belleza del ritual. Babilonia

promueve una adoración que no es otra cosa que un fin en sí mismo, en la cual el hombre es el centro de todo lo que sucede y todas las oraciones son hechas “para sí mismo” (Lucas 18:11).

Este patrón se evidencia aún hoy en diversas culturas y denominaciones, demostrando así que la adoración babilónica puede estar presente aun en medio de aquellos que profesan la verdad de Dios. La consecuencia de este sistema de adoración es la alienación y la falta de percepción de quién somos en realidad, lo que queda evidenciado de manera práctica en la calidad de nuestra relación con el prójimo, al manifestar frialdad, espíritu crítico, intolerancia hacia los diferentes, o incluso un sentimiento velado de superioridad por conocer verdades desconocidas para muchos. Según Daniel 3:8, ese fue el resultado de la liturgia babilónica. La acción de los caldeos, descrita por la expresión aramea *vaahulu kartesehon*, traducida como “acusaron”, significa literalmente “devoraron pedazos”. Además de ofrecer aquí un interesante contrapunto con lo que sucedería posteriormente con Daniel por las mismas razones en el capítulo 6 al ser lanzado en el foso de los leones para ser devorado por las fieras, vemos que –al hacer del hombre el centro– la adoración babilónica despoja de sus participantes del sentido del amor al prójimo.

Daniel 3 nos muestra el poder de un Dios presenta, que aún en el horno, está junto con aquellos que deben atravesar las más terribles pruebas, que puede hacer maravillas y liberar del mal a sus hijos amados con poder, pero que nos advierte de un peligro mayor que el del horno de fuego de la llanura de Dura: un corazón “babilónico” que se cierra en uno mismo, enmascarando su egocentrismo con actitudes plásticas y performativas de una religión sin vida.



Pr. Marcelo Rezende

Traducción: *Rolando Chuquimia*
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©